



Montserrat
Roig

María del Mar

Había en Barcelona un cielo de dolor de cabeza y los nervios ciudadanos andaban desfibrados. La lluvia no llegaba y la noche no era clara. Fui a escuchar a **María del Mar Bonet** en la plaza del Rei y, como siempre, las campanas tocaron para ella. **María del Mar**, vestida de negro y una flor blanca en el pelo, cantaba con sus músicos y tres tunecinos de bigote poblado y mirada improvisada.

Ella quizás no lo sepa, pero el cielo compacto y agobiante poco a poco se fue aclarando. Surgió una esperanza de claridad mientras ella, lentamente, iniciaba su transfiguración.

La flauta del tunecino la acompañaba en sus quejas de amor y los sonos árabes parecían mallorquines o al revés. **María del Mar** está hecha para cantar en esta plaza, este reducto ciudadano donde las piedras siempre están en alerta con un ojo semicerrado. Sus canciones no reivindicán ni vindican, expresan.

Y, mientras la oía, pensaba que la *cançó* estaba salvada. Porque la *cançó* es como **María del Mar**, una caña al viento que parece quebrarse, frágil y a veces vacilante, pero que de repente vuelve a erguirse, poderosa y húmeda como la tierra materna.

Al salir, el cielo volvía a ser el cielo. Y las campanas tocaron de nuevo. Sentí que todo estaba en su sitio. **María del Mar** nos había devuelto la armonía perdida.